

Eman adiskideak
 Munduari buelta
 Au baño lur oberik
 Iñun ere ezda:
 Eta zerucho-renbat
 Billatu nai bada
 Emen bertan ditugu
 Donosti ta Deba.

Zuk ere badakizu,
 Bai, Isabelita,¹
 Euskal-erria dala
 Guztizko polita;
 Emen azia zera,
 Emen zure aita,
 Lur au berak bezela
 Bear dezu maita.

JOSÉ MARÍA IPARRAGUIRRE.

CARTAS GUIPUZCOANAS

CARTA PRIMERA

¡Viva mi pueblo!

Desde Goyerri, á 15 de Enero de 1894.

Pepita de mi alma: ¡Cuántas veces he pensado en escribirte! pero son tantos mis que haceres, que no me dejan lugar para nada. La cocina, la costura, el arreglo constante de nuestra casa que, como sabes, no es pequeña, y si á esto añades la secretaría de nuestra Congregación y otras cosillas más, me absorben todo el tiempo; y mi pobre Pepita entretanto esperando carta mía y creyendo tal vez que la he olvidado. ¡Eres tan mal pensada á veces! Y ahora que me pongo á escribirte ¿qué te voy á decir? Pues en primer término, que hemos pasado unas Navidades felicísimas y como pocas de alegres y ruidosas. En la parroquia han cantado este año dos villancicos nuevos. Creo que los han traído de Zaragoza. Hemos representado charadas, y te

(1) Alude á la Excma. Sra. Condesa de Lersundi.

aseguro que aun cuando no entendemos mucho de mímica, salían bastante bien y sobre todo nos divertían mucho. Ya sabes lo que es nuestro primo Pascual de dispuesto y jaleador. Donde está él siempre hay broma. También hemos jugado á una cosa que llamamos el juego del Emperador de Marruecos. ¡Pobre emperador! Cada vez que sale á plaza se le mata sin compasión. Quisiera que hubieras visto al cura don Zacarías nuestro amigo, que es tan serrote, con una palmatoria encendida en la mano, dando la noticia del triste fin del emperador á tío Juan, el *filósofo*, como tu le llamas muy bien.

Vinieron Bernabé, Juan y Benito desde Bizcaya á pagar sus rentas como siempre el día de Santo Tomás. ¡Qué guapos son, y qué campechanos y cariñosos! La noche que pasaron aquí encendimos una hermosísima fogata en la cocina y allí nos calentamos con ellos durante cerca de dos horas, oyendo los cuentos del viejo Bernabé que nos habla de Durango como del *non plus ultra*. Me da envidia esta gente tan sencilla. Lo que no hace ya el bueno de Bernabé es traer aquella famosa *kapela* de tres pisos que tanto nos hacía reir cuando éramos niñas. Yo le reñí por eso, pero él se reía y fumaba su pipa tan tranquilo.

Ha venido desde Madrid á pasar estas fiestas Juliita Zubia con unas ínfulas ó insulas ó como se diga, extraordinarias. Nos ha apeestado. Todo era decir que en Madrid esto, que en Madrid lo otro, y que en Madrid lo de más allá. Es decir, en Madrid no precisamente: en Madriz; ella dice Madriz, y además le hemos notado que habla así como andaluz. ¿Sabes tú si está Madrid en Andalucía? Más humos tiene que el globo de la noche de San Pedro cuando lo hinchán después de la Salve. No hace más que comer todo el día, sin duda porque es moda. Se ríe de todo, Pepita, de todo. Le parece cursi Antonio que, como sabes, es el muchacho más fino y elegante que hay; solo que es muy bueno y no anda como esos otros de Madrid haciendo lo que no deben. (No te sonrías maliciosamente al leer esto, porque hablo por espíritu de justicia, y nada más. Entiendes? Nada más). ¡Qué otra cosa le con vendría á Doña Julia más que casarse con un hombre así! Otra de sus gracias es estarse poniendo mala á cada momento. Lo mismo: por elegancia. Y con eso y con ponerse á oler un frasquito de sales inglesas que siempre lleva consigo para las ocasiones, ya cree ella que nos ha chafado á todas. Ha hablado mucho del teatro, de las tertulias, de conciertos de música clásica. Hasta de literatura y de pintura entiende,

Se ha vuelto una descastada completa que siempre habla contra su pueblo y contra este país tan bueno y tan excepcional. Y por cierto que he notado que casi todas las gentes tontas tienen poca afición á nuestra tierra. Será que no se hizo la miel para la boca del asno. Y ella que nació entre estos montes tan hermosos, que aquí pasó sus mejores días, los días de la niñez, debiera no ser tan ingrata y querer con el alma á esta provincia y á este pueblo que es el suyo. Hace gala de haber olvidado el bascuence; ese *dialecto*, como ella dice, de criadas y de caseros. Yo, por hacerle rabiar un poco, lo hablaba muchas veces delante de ella, y siempre me decía lo mismo: «chica, habla en cristiano y no me apestes los oídos con ese galimatías.» ¡Galimatías llama la muy tontona á esta lengua tan dulce y tan preciosa! Ella sí que arma galimatías cuando quiere hablar andaluz y no le sale más que castellano de Vitoria. Ha traído yo no sé cuantos vestidos: lo menos quince, todos bastante llamativos. Pues ¿y dijés? Una atrocidad. El uno se lo había regalado la Duquesa de A, el otro la Marquesita de B, el de más allí... ¿qué sé yo quién?... la misma Reina. ¡Presuntuosa! Por supuesto asiste á las reuniones de la *high-life*, come á diario lo que menos con cinco Grandes de España, y tutea hasta á los Ministros. Pero todas, todas estas vaciedades se las perdonaba yo de buena gana si no se burlase de su pueblo: cosa que me parece indigna de una persona bien nacida.

Tenemos organista nuevo desde hace poco, y en verdad que lo hace muy bien. En las pasadas fiestas ha tocado varios zortzikos primorosamente, acompañado de triángulo. ¡Me gustan tanto esas cosas de Navidad! A estos chiquitines les llenamos los zapatos (que convenientemente habían puesto en su ventana) de confites y galletas, y ellos se los comieron con delicia creyendo que eran del cielo. A Luisito le dejaron los Reyes alguna cosa más que á los otros, por ser el que mejor se ha portado este año. La verdad es que todos son buenos, y yo los quiero mucho.

Me dió el capricho (soy mujer) de domesticar un cuervo que me trajeron nuestros inquilinos de Marmantzu, y el bicho está monísimo, aunque otra cosa digan los que le quieren mal. Algunos le llaman *Monseñor*, sin duda porque su traje es negro; los chiquillos del pueblo le conocen por *Don Marcos*; pero su nombre de pila es *Margot*. Todas las mañanas me despierta dando picotazos en los cristales de mi ventana,

Con tanto como tengo que decirte, nunca voy á concluir. En mi próxima (que tal vez no podrá ser todo lo próxima que yo quisiera, por estar abrumada de quehaceres) te diré algunos detalles de la boda de Encarnación. Los novios se han ido qué sé yo adonde: lo menos á Polonia; pero volverán; y si ellos no vuelven,

volverán las oscuras golondrinas....

Razón tienes en decirme que siempre estoy de buen humor.

Adiós, querida. A todos, grandes y pequeños, mis afectos, y á ti te envía mil abrazos tu apasionada prima

MARIA IGNACIA.

¿EUSKALDUNAK ZER DUTEN?



Euskaldunak zer duten
 galdetzen nazute?
 Ayek aña oñaze
 senti ez dezute.
 Beren biotzetikan
 atera naidute
 amaren naitasuna...
 baña eziñ dute.
 Gu, ama aren semeak
 egonikan erne
 ez gera geldituko
 odol uste arte,
 ta naiz gure etsayak
 izan oso trebe
 ez da ama galduko
 gu denok ill gabe.

JOSÉ M. ARRIETA.



CARTAS GUIPUZCOANAS

CARTA SEGUNDA

Risas y lágrimas

Desde Goyerri á 18 de Febrero de 1894.

Pepita queridísima: Aunque en San Sebastián se sabe todo, voy á cumplir lo prometido dándote algunos detalles de la boda de Encarnación, nuestra paisana y compañera, quien ha unido su suerte á la de un muchacho rico, guapo y bueno, como se dice ahora. La boda se hizo con rumbo y con mucho aparato. A ella asistieron hasta sesenta y dos personas, *la crème, le dessus du panier*, como diría el Padre Coloma, de la gente guipuzcoana. La ceremonia tuvo lugar en la parroquia á las diez, y por cierto que á mí me tocó ir del brazo con un joven chiquitin, pariente del venturoso novio, pamplonés por más señas, más hablador que cien, pero fino y galante como él solo. Me hizo mil ponderaciones del vestido que yo llevaba, de color granate, un vestido, Pepilla, que, dejando la modestia á un lado, dicen que me está muy bien porque soy morena. Pues bien, con mi chiquitin fuí y vine de la iglesia. El pueblo nos seguía en masa. ¡Había unas caras más curiosas! Los novios oyeron la tremenda epístola con las caras descoloridas por la emoción. A él le dió un temblequeo de piernas mientras la lectura, que hizo reír á más de cuatro burlones. Pero ninguno de los dos se desmayó. Majestuosamente pasaron de la puerta de entrada al altar, donde se celebró la misa en medio del mayor recogimiento, é inmediatamente, todos muy sonrientes, volvió la lucida comitiva á la casa de Encarnación. La novia, que estaba monísi-

ma, lucía rico traje negro y alhajas de mucho gusto y valor. Particularmente una que llevaba en el cuello, de figura de mariposa, regalo del que es hoy su dulce esposo, puede figurar entre las más hermosas de su género. También él estaba interesante, preciso es confesarlo, reconociendo el buen gusto de nuestra amiga. Es un muchacho rubio, bastante alto, de ojos expresivos, un poco lánguidos, amable y de sociedad: Más de una presumida pretendió mirarse en el espejo de sus zapatitos de charol, puntiagudos como el genio de su mamá suegra, la reverenda doña Engracia, quien no cesó un momento de llorar durante la alegre ceremonia. ¡Ay si supieran estos chicos (decía quitándose la mantilla cuando ya estuvimos en su casa) los cuidados y trabajos que les esperan! La consolamos un poco, y por fin cesó aquella lluvia tan intempestiva de lágrimas. Es así: á lo mejor le dará por cantar peteneras en el primer entierro que haya. La comida fué magnífica, y en ella tuvieron todos un humor delicioso. Hasta yo bebí dos copitas de *Champagne*: calcula tú. La alegre espumilla de este vino, una de las mejores cosas que da Francia, según dicen los hombres, calentó un poco las cabezas, y hasta hubo sus brindis y todo. ¿Quién te parece que dijo uno famosísimo? Pues el bueno de D. Celestino, el de la peluca, aquel señor que cuando estuvimos juntas en Pamplona la primavera pasada, nos hizo cinco visitas en un día solo para explicarte á su satisfacción cómo habías de tomar un jarabe que te recomendó contra la ronquerilla aquella que tuviste. ¡Habrás visto viejecito más mono! Por cierto que su brindis fué así, si mal no recuerdo:

«Brindo porque dure muchos años la felicidad
De estos novios venturosos
Y porque vuelvan briosos
Al campo ó á la ciudad».

Juanito, como es tan petulante, se permitió decir á media voz que aquella cuarteta era un disparate. Tampoco á mi me parece muy bonita; pero ¿qué se le va á exigir á un pobre viejo como D. Celestino que tiene la cabeza á componer? Lo cierto es que él inició los brindis. Luego le siguieron otros con algunas más pretensiones de poetas. El de Joaquinito Ibayá fué de lo más acaramelado. Habló de tiernos esposos, de lunas de miel, de venturas sin cuento y sin fin, de dichas del hogar doméstico. Merecía que le hubiéramos aplaudido todos á compás y muy suavemente, porque su brindis fué puro estudio y puro merengue. Los novios ni comieron ni bebieron ni apenas hablaron:

se miraron.... ¡qué monada! D.^a Engracia daba órdenes por lo bajo á los criados, y les echaba de cuando en cuando unos ojos capaces de dar miedo á un elefante. Despues de la comida, que duró más de dos horas, hubo un poquito de baile. El pamplonés, mi compañero, vino á sacarme con el mayor afán para un vals. Le dije que lo sentia mucho, pero no sabia bailar más que rigodón, y eso mal. El insistió, yo repetí lo dicho, hasta que tocaron un rigodón y tuve que bailarlo con el amable nabarrico á quien me parece que le gustó mi vestido granate. Algo más que á mí su frac y su chistera. A eso de las cuatro se presentó en la puerta de la casa un hermoso coche tirado por cuatro caballos blancos llenos de cascabeles. Era el destinado á conducir á la enamorada pareja hasta la primera estación del ferro-carril. Acompañamos á los recién casados hasta el portal, y allí hubo lágrimas otra vez, y suspiros y besos en profusión. ¡Que no haya de haber dicha completa en este mundo! Entraron los novios en el flamante landó; dió el cochero un latigazo á cada caballo blanco, y en medio de los adioses y saludos de todos, partió el lujoso tren desempedrando las calles de la villa. En aquel momento sonaron muchos cohetes. Los disparaban varios muchachos del pueblo de buen humor desde el vecino monte de *Bordachuri*. Cuando ya nos quedamos solos (como aquellos gallegos que tú sabes) volvió D.^a Engracia á su cantinela de siempre: «¡si supieran lor pobrecitos los cuidados y trabajos que les esperan!» Ni aún en día de bodas ha de estar regular la buena señora. Subimos, y se reorganizó el baile, pero más en confianza que antes. Para cuando la reunión se deshizo eran ya las once, y hasta esta hora se nos pasó el tiempo sin sentir. Que el Cielo colme de felicidades á la jóven pareja. Conque no dirás, prima mía, que te doy pocas noticias. Los recién casados se han paseado por los lagos de Suiza, y Encarnación, que es un poco romántica, dice que parecen de cristal y que los montes vecinos, que son muy altos, están como si les hubieran echado por encima grandes pieles de armiño para que no se enfrien, pues hace en aquel país un frio muy grande. Allí debería ir D. Celestino á inspirarse.

Me dices que en la madrugada del día de San Sebastián te despertó el ruido y la algazara de la tradicional *tamborrada* y que te asustaste con el estrépito de los tambores. Me gustan esas costumbres viejas, y aun cuando algunos las llaman *latas* por llamarlas algo, yo les tengo cariño y miro como á cosa mía. Siempre he de ser guipuz-

coana. Aquí el lunes de Carnaval recorrió las calles de la villa una comparsa de *ezpata-dantzaris*. Todos eran muchachos ligerísimos vestidos de blanco y rojo como aquellos que el día del Corpus bailan delante del Santísimo en la procesión de Oñate.

He cumplido ya los veinte años. ¡Qué vieja soy! A tí te faltan dos meses para lo mismo; pero ya verás qué pronto pasan.

Me da pena el pensar que aún no te veré en mucho tiempo. Diviértete, pero no olvides á tu prima queridísima

MARÍA IGNACIA.

SECCION AMENA



BASERRITARKERİYAK

BIDIAN

—¿Idi paria saldu
dezu poltsen truke?

—Saldu.... bai.

—¿Zenbatian?

—Merke, jauna, merke.

.

—Idi pare majua
dezu zuk erosi.

—Ichuraz.

—¿Zer modutan?

—Garišti, garišti.

.

—Batek merke saldu ta
bestiak garišti
erosi, antzekuak
biyak, ¿zer bi pišti!



BETI BERIA

—¿Artu dezun soroak
enlaten du azkar?

—¿Arrek eman... bai... beti
beria badakar.

—Guchi gora bera-ko
zenbat, da galdia.

—Zenbat... bai,.. arrek beti
badakar beria.

MARZELINO SOROA.

CARTAS GUIPUZCOANAS



CARTA TERCERA

Lágrimas.... sin risas

Desde Goyerri, á 23 de Abril de 1894.

Pepita de mi corazón: María Ignacia hoy no es María Ignacia. Me acaban de dar una noticia de esas tan tristes, que necesito escribirte para consolarme un poco. ¿Sabes cuál es? Yo no sé lo que me pasa. Trabajábamos mamá y yo junto á la chimenea, cuando ha venido tan cariñosa como siempre, á pasar un rato con nosotras, nuestra amiga Inés. He creído comprender desde luego que le pasaba algo extraordinario. Parecía nerviosa, jugaba maquinalmente con sus sortijas, y nos miraba con más cariño que nunca. Hasta veía yo que sus ojos se enternecían por momentos, y empecé á temer que algo grave tuviera que decirnos. Mis sospechas eran fundadas, desgraciadamente. No pudiendo contener por más tiempo la pobre Inés su emoción, se ha echado á llorar sollozando, sin que en mucho tiempo pudiera articular palabra. Yo lloraba con ella, porque ya sabes lo que la quiero, y mamá se esforzaba por serenarla y hacerle decir la causa de su llanto. «Nos marchamos, nos ha dicho entre sollozos, nos marchamos el mes que viene á Madrid, y va á ser para siempre, para siempre..... ¿No os parece que tengo motivo para llorar? Ya hace tiempo que á papá le veía descontento en nuestro pueblo, no sé si por las cuestiones de localidad, que tanto le disgustan, ó por esa manía que en mala hora se ha hecho generalísima, de preferir los aires de la Corte á los del país natal. Muchos días apenas come, diciendo que esto no le prueba. Si un

criado comete alguna torpeza, siempre ha de echar la culpa á que no ha salido de su pueblo. Ayer le hizo Josefa el chocolate algo requemado, y nos decia de ella: «¿cómo no ha de ser tonta de capirote, si se crió en la picota de *Elurmendi*, donde no habitan más que gatos monteses y alguno que otro jabalí?» ¡Como si para ser listo hubiera que nacer en el llano y entre sedas orientales! Más de cuatro inquilinos de mi padre conozco yo que saben cuántos son dos y dos. Si no, que lo diga Martincho el del molino Agregad á esto el empeño que tiene de que mi hermano Luis y yo, que sin duda vamos á ser algunos duques con el tiempo, nos hagamos á cierta sociedad de *gran tono*, bien distinta de la que por aquí se estila. Luego, y hablándoles en completa confianza—prosiguió la pobrecilla con voz entrecortada y temblorosa—mamá tampoco hace nada porque nos quedemos aquí. Dice que los pueblos estan llenos de inconvenientes, que en ellos no hay más que chismes, que «ó corte ó cortijo», y finalmente (y esto, esto es lo más grave), me asegura que desconfía de poder encontrar en este país marido que me convenga. En vano le quiero yo hacer ver que me encuentro muy bien soltera, y de casarme alguna vez, que-rría hacerlo con un muchacho sencillo y de esta provincia. Ni por esas. Siempre en sus trece de que nos hemos de ir á Madrid, porque allí los novios abundan casi tanto como los garbanzos, y añade sonriendo, como si la cosa me hubiera de hacer mucha gracia, que ya le tienen hechas algunas indicaciones sobre este particular de mi casamiento. ¡Vaya un gusto! ¡Pasar el Ebro para casarse! ¡Como si eso fuera cosa de broma y de pasatiempo! En fin, que nos vamos, que nos vamos á ese Madrid que es el imán más grande de España. ¡Yo que soy tan guipuzcoana! Ya no veré más estos montes, ó á lo menos, no los veré todos los días ni á todas horas, como hasta aquí; ya no las veré á ustedes». Y al decirnos esto, sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, y los nuestros.... ¿qué habian de hacer los nuestros, prima querida, sino llorar también? Me ha partido el alma esta noticia. Escríbeme. Dime si te ha dejado tan triste como á mi la fatal nueva. Tú serás ya aquí mi única amiga, porque.... todos se van, todos.... Está eso de moda para que penen los pocos que aún conservan cariño á su pueblo y á su tierra. Ya Inés, la que jugaba con nosotras, nuestra amiga inseparable, la noble y cariñosa Inés, no nos verá tal vez en años, porque se va á Madrid. ¿Y á esto llaman *progreso*? Pues estoy por los tiempos antiguos. Adiós Inés. Ella que es tan bonita, pronto se casará con al-

gún petimetre de los que dicen que andan por la Puerta del Sol, y tú y yo mientras tanto nos estaremos solteritas, pero muy contentitas, y siempre juntas, ¿no es verdad? Pase lo que pasare, nos ayudaremos mutuamente, y Dios también nos ayudará.

Con este motivo no ha faltado conversación esta noche en nuestra pequeña tertulia. Tío Javier se ha afectado mucho cuando le hemos dicho los planes de la familia Izarralde. A su edad estas cosas causan honda impresión. «Ya me lo temía yo, ya me lo temía yo, ha dicho el pobrecillo que les tiene gran afecto, porque José María parece extranjero en su patria desde que hace dos años tuvo el capricho de pasar con su familia un par de meses en la Corte. Desde entonces todo se le vuelve hablarme de las ventajas de la capital, sobre todo para sus hijos. Sus inconvenientes, sus inconvenientes sí que deberían quitarle el sueño; pero Pepe siempre fué un infeliz; y luego su mujer, la buena de Concepción, tampoco inventó la pólvora, y además esta empeñada en casar á su pimpollo con el primer galan que tenga ojos bonitos. Ellos sabrán lo que se hacen; pero lo que es á mí no me dan envidia. Pena sí que tengo, y grandísima, de verles marchar tan lejos, dejando su hermosa casa. De locos está el mundo lleno.» Luego ha quedado muy pensativo largo rato, pero al fin se animó un poco, y tomando pié de la marcha de nuestros amigos, ha recordado entristecido tiempos mejores para nuestra querida provincia. Ya sabes lo bien que habla, y qué interesante es su conversación, especialmente cuando versa sobre cosas del país. Su tema ha sido hoy las pasadas *Juntas*, que ya son cosa vieja desgraciadamente. Dice que tomó parte en las de Elgoibar, Deva y Azcoitia, entre otras. En las de este último punto, que debieron estar lucidísimas, predicaba, ha dicho, un notabilísimo orador jesuita en la función dedicada á la Purísima Concepción. El orador, impresionado con el edificante espectáculo que al subir al púlpito se ofreció á sus ojos, dió rienda suelta á su corazón y á su fantasía, haciendo una magistral pintura de esta provincia patriarcal, de sus sencillos y agraciados habitantes, de sus campos, de sus fiestas, y encomiando como se merecen, su acendrada fê y piadosas costumbres. Se hubiera oído volar á una mosca en el espacioso templo donde escuchaba entusiasmado el auditorio. El hijo de San Ignacio continuaba con más ardor cada vez en su conmovedora improvisación; hasta que al felicitar de lo íntimo de su corazón á los señores y público allí reunidos con motivo de tan hermosa fiesta tradicio-

nal, y felicitarse á sí mismo por haberle cabido la honra de dirigirles la palabra, loco de entusiasmo, concluyó en un arranque de su elocuencia arrebatadora: «tengo hambre de decíroslo: quisiera ser guipuzcoano». No sé si lo oyeron el señor de Izaralde y doña Concepción. Si lo oyeron, bien poca impresión les hizo. Pero volviendo á mi cuento, tia Carmen, cuando han hablado de las Juntas de Azcoitia, ha roto su habitual silencio para decirnos que salió de primera mano en el zortziko de señoritas, y parecía que se le alegraba el semblante al recordarse vestida de azul celeste, y suelto en bucles el pelo que, según ella dice, era de oro á los veinte años. Parece mentira que el pelo gris que ahora le cae en mechones por la frente, haya tenido tan hermosa juventud. Efectivamente, cuentan las crónicas que nuestra tia fué una linda muchacha. La hubiera querido ver pasearse por la plaza, entre tantísima gente que la miraba, acompañada de cuatro *junteros* elegantísimos, mientras el tamboril tocaba con la solemnidad de los grandes días, su clásica música tan llena de sentimiento. ¡Qué tiempos debieron de ser aquellos, Pepita! ¿Volverán?... Dicen que no.. Y si vuelven, será allá, el siglo que viene, y cuando tú y yo salgamos al zortziko, seremos casi unas viejas, y llevaremos el pelo gris, como lo lleva ahora tia Carmen á sus visitas de Conferencia. Me dan ganas de llorar.

Acabo de rezar un rosario para que á Inés le vaya bien en Madrid y la volvamos á ver lo más pronto posible. ¿Quién sabe si todavía volverán arrepentidos al hermoso caserón que dejan? Con los brazos abiertos los recibiríamos.

No sé qué otras noticias darte, porque esta novedad tiene embarcados todos mis sentidos, y no acierto á pensar en otra cosa. Mi cuerpo... de luto, como el corazón de tu prima que te adora,

MARÍA IGNACIA.

